

LOS GUARDIANES
DE LA LUZ

Rosemary
Sutcliff



Un águila sin alas, un esclavo huido y una banda de perseguidos serán la última esperanza en Britania. La noche en que las Águilas abandonaron definitivamente la isla de Britania camino de la Galia brilló por última vez el faro de Rutupiae, sobre una ciudad desierta y un mar que quedaba en manos de los sajones, los lobos del mar. Fue el último tributo de Aquila al mundo que dejaba atrás y un símbolo de la lucha que se iba a emprender por mantener viva la llama de la civilización en unos tiempos oscuros. Hijo de Britania y decurión de la caballería, Aquila decidió desertar de las legiones en el último instante, sabiendo que su lealtad estaba con Britania y no con Roma. De regreso a la casa de su padre, verá cómo también su hogar cae pasto de las llamas sajonas, su padre es asesinado, su hermana, secuestrada, y él, esclavizado por los saqueadores. Pero podrá huir y regresar para ayudar a Ambrosio, la última esperanza de los britanos, en su lucha contra el traidor Vortigern y sus aliados sajones. Serán años de lucha para mantener viva la llama de Roma en el extremo más alejado del Imperio, de cuyas cenizas surgirá el impulso para un nuevo renacimiento.

Reseña histórica

La noche en que las Águilas abandonaron definitivamente la isla de Britania camino de la Galia brilló por última vez el faro de Rutupiae, sobre una ciudad desierta y un mar que quedaba en manos de los sajones, los lobos del mar. Fue el último tributo de Aquila al mundo que dejaba atrás y un símbolo de la lucha que se iba a emprender por mantener viva la llama de la civilización en unos tiempos oscuros. Hijo de Britania y decurión de la caballería, Aquila decidió desertar de las legiones en el último instante, sabiendo que su lealtad estaba con Britania y no con Roma. De regreso a la casa de su padre, verá cómo también su hogar cae pasto de las llamas sajonas, su padre es asesinado, su hermana, secuestrada, y él, esclavizado por los saqueadores. Pero podrá huir y regresar para ayudar a Ambrosio, la última esperanza de los britanos, en su lucha contra el traidor Vortigern y sus aliados sajones. Serán años de lucha para mantener viva la llama de Roma en el extremo más alejado del Imperio, de cuyas cenizas surgirá el impulso para un nuevo renacimiento.

I

Los escalones de la terraza

Aquila se detuvo al borde de los campos que se extendían ante su vista. Podía ver el lugar de la granja bajo la extensa y desnuda prominencia de la loma: aquel montón de techos rojizos de cada edificio; el huerto detrás, dando a todo un tono más oscuro por la palidez de su césped claro; la cebada, que empezaba a mostrar sus primeros destellos de color dorado; y aquel arroyo que se deslizaba bajo la pared del huerto y corría a lo largo del valle hasta llegar a hacer girar la rueda chirriante del molino que trituraría el grano.

Había pasado ya casi un año desde la última vez que había estado allí, contemplando todo aquello. Había regresado la noche anterior de Rutupiae, donde había estado al mando de una unidad de la «caballería del Rin», la caballería auxiliar, pues hacía ya casi cuarenta años que no había ninguna legión regular en Britania. Cada detalle del paisaje le causaba un gran placer. Era maravilloso estar en casa. El lugar no tenía muy mal aspecto, aunque no era lo que había sido en los viejos y buenos tiempos. Kuno, el hombre más viejo de la granja, podía recordar aún la época en que había viñas en la loma del sur. Todavía, al pie de los bosques, podían notarse sus marcas que recordaban las huellas de los rebaños de ovejas cuando han sido puestas en libertad y han corrido en todas las direcciones.

La guerra picta había traído la desgracia. Hacía ya tanto que ni siquiera Kuno lo recordaba, aunque juraba que po-

día hacerlo; y, a veces, cuando había bebido demasiada cerveza, solía contar a todos que había visto con sus propios ojos al gran Teodosio cuando éste vino a expulsar a los sajones y a «los caras pintadas». Pero, aunque Teodosio había hecho una gran limpieza en Britania, el daño se había consumado y el campo no había vuelto nunca a ser el mismo. Los caserones habían sido quemados, los esclavos se habían rebelado contra sus amos y los grandes patrimonios, destruidos. Sin embargo, no había sido tan perjudicial para los pequeños patrimonios y granjas, especialmente para aquéllas que no habían sido trabajadas por esclavos. A Kuno le apasionaba hablar y Aquila le escuchaba sumiso.

Aquila se daba cuenta de todo lo que significaba para él ver de nuevo su casa después de casi un año; y también, de la facilidad con que podía perderla. La granja del viejo Tiberio, que no estaba a muchas millas de distancia bajando hacia el mar, la habían quemado el año anterior los sajones en una de sus incursiones. Si se pensaba un poco, en seguida se percataba uno de que se vivía en un mundo que podía estallar en cualquier momento; pero Aquila pocas veces se había parado a pensarlo. Había vivido en aquel mundo toda su vida y tenía por lo menos tres generaciones de su misma clase social detrás de él. Si el mundo no había saltado ya en pedazos, no creía probable que sucediera en este delicioso e inocente día, con toda la fragancia de julio reposando sobre los campos.

De repente oyó unas pisadas y un ruido de matorrales a su espalda. Flavia, su hermana, llegó a su lado casi sin aliento y preguntó:

—¿Por qué no me has esperado?

Aquila se volvió hacia ella:

—Me he cansado de sostener la pared de la cabaña de Sabra mientras su gato de ojos dorados no apartaba los ojos de mí y tú cuchicheabas dentro.

—Podías haber entrado a cuchichear tú también.

—No, gracias. Además quería regresar y asegurarme de que la granja no se había movido de su sitio desde esta mañana.

Había pronunciado aquellas palabras insólitas como si fueran un presentimiento. Se miraron el uno al otro.

—Es curioso que sintamos esto alguna vez —dijo ella muy seria. Pero pronto la sombra se apartó de su cara que irradió de nuevo alegría—. Parece que fue ayer, Aquila. ¡Es maravilloso que estés otra vez con nosotros! Mira, ahí hay madre selvas de color carmesí, y trébol, y escabiosa azul. Voy a hacerme una corona de guirnaldas para la cena de esta noche, como si fuera un banquete. Pero sólo para mí: ni para nuestro padre ni para ti, pues los hombres estáis ridículos con coronas de guirnaldas. ¡Sobre todo los que tenéis nariz aguileña!

Mientras hablaba, permanecía arrodillada, buscando entre las hojas los finos y tiesos tallos de escabiosa.

Aquila, apoyado contra un árbol y mirándola sorprendido, le dijo:

—Has crecido durante todo este tiempo que he estado fuera.

Ella levantó la cabeza. Tenía las manos llenas de flores.

—Ya había crecido antes de que te fueras. Tenía más de quince años. Ahora tengo más de dieciséis. Soy ya bastante mayor.

Aquila movió la cabeza tristemente:

—Eso es lo que digo. Supongo que ya no podrás ni correr.

Ella se levantó con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Apuestas algo a que llego a los escalones de la terraza antes que tú?

—Un par de sandalias nuevas de color rojo contra una hebilla de plata para el cinturón de mi espada.

Aquila se retiró del árbol en que estaba apoyado y ella a su vez se subió la falda de la túnica amarilla llena aún de flores.

—De acuerdo. ¿Estás listo?

—Sí. ¡A las tres!

Echaron a correr, el uno al lado del otro, sobre el escaso césped del camino paralelo a las viejas viñas. Sus pies parecían volar. Flavio le sacó media lanza cuando llegaron a los escalones de la terraza situada delante de la casa. Después empezaron a dar vueltas alrededor del viejo y alargado ciruelo que había crecido allí.

—¿Con que no puedo correr? ¡Puedo correr más que tú y soy mujer!

Aquila la cogió de la muñeca.

—Tienes los huesos huecos y muy ligeros. Eres como un pájaro. No es justo.

Los dos se dejaron caer al mismo tiempo sobre un escalón riendo y jadeando. Él se volvió para mirarla. Le encantaba estar con Flavia otra vez. Siempre quería estar con ella, incluso cuando eran niños. Era dos años más joven, aunque Demetrio, su tutor griego, solía decir que tendrían que haber sido gemelos y que aquella diferencia de dos años se debía a algún error de las estrellas; el pelo de Flavia se había soltado y le caía sobre los hombros; era negro y áspero como las crines de un caballo semental y tan vivo que centelleaba cuando se peinaba en la oscuridad. Él alargó la mano y le dio un empujón cariñoso.

—¡Bruto! —dijo Flavia sonriente. Encogió las rodillas, las rodeó con sus brazos y ladeó la cabeza hacia los rayos de sol que doraban las hojas del ciruelo y hacían ver sus frutos casi transparentes—. ¡Me gusta vivir! ¡Me encanta cómo es todo esto, cómo huele y cómo se siente! ¡Me gusta el polvo que trae julio, el silbido seco del viento cuando roza la hierba, el calor de las rocas cuando te sientas en ellas, y cómo huelen las madreselvas!

Había casi firmeza en su sonrisa. Era su modo de ser: su vivacidad y su sonrisa y aquellos cabellos que relucían. Se volvió hacia él con un rápido movimiento. Sus movimientos eran casi siempre rápidos. Era un relámpago.

—Enséñame otra vez el delfín —dijo.

Aquila, con cara de sufrimiento, subió la abierta manga de su túnica y le enseñó, como lo había hecho la tarde anterior, el delfín, emblema de su quinta, tatuado con poca habilidad en la bronceada piel de su hombro. Uno de los decuriones de Rutupiae había aprendido a tatuarlos de un rehén picto. Cuando hacía mal tiempo y no había otra cosa que hacer, algunos pedían a los rehenes que les mostraran su habilidad para así poder aprender.

Flavia se inclinó un poco sobre las líneas azules del delfín.

—Creo que no me gusta. Tú no eres picto.

—Si lo hubiera sido, tendría rayas y espirales por todo el cuerpo y no solamente un simple, pequeño y bonito delfín... Pero el delfín puede llegar a ser muy valioso. Si me fuera de casa alguna vez por mucho tiempo y, cuando volviese, nadie me reconociera, como le pasó a Ulises, te llevaría conmigo a solas y te diría: «Mira, tengo un delfín tatuado en el hombro. Soy tu hermano, el que se fue hace tanto tiempo». Así me reconocerías en seguida, como aquella vieja esclava cuando halló una cicatriz de colmillo de jabalí en el muslo de Ulises.

—Podría también decir: «Eres un extraño; cualquiera puede tatuarse un delfín en el hombro». Creo que te reconocería mejor por tu nariz, siempre tan larga.

Ella se volvió a enredar de nuevo en las madreselvas y las florecillas que tenía en la falda y comenzó a prepararlas para hacer su guirnalda.

—¿Estás contento de estar en casa? ¿Tanto como lo estamos nosotros de verte otra vez aquí? ¿Aunque sólo haya pasado un año y no veinte como le ocurrió a Ulises?

Aquila hizo con la cabeza una señal afirmativa mientras miraba a su alrededor el paisaje familiar. Desde cerca podía apreciarse que la granja había pasado ya sus mejores días: los edificios de alrededor necesitaban un retechado; un ala de la casa, que antes se había utilizado como vivienda, era

ahora granero; el aspecto del lugar denotaba falta de dinero y de hombres para trabajar. Pero los pichones todavía revoloteaban a la luz del sol frente a los escalones; y un destello de azul intenso permitía ver el lugar por donde Guina solía subir con un cubo de leche; él estaba de nuevo en su casa, sentado allí, en aquellos peldaños templados por el sol ardiente, en donde se sentaban cuando eran niños y se decían tonterías el uno al otro.

Algo se movió en el cercado; Flavio, su padre, salió del establo hablando con Demetrio. Demetrio, que nunca reía, dijo algo que hizo soltar una carcajada a Flavio. Luego se volvió y fue dando grandes zancadas hacia la terraza con Margarita, una perra de caza muy vieja que lo seguía a todas partes.

Aquila se levantó al acercarse su padre.

—Estamos sentados, en los escalones, padre; ven y siéntate con nosotros.

Llegó y se sentó en el escalón más alto, poniendo a Margarita entre sus piernas. En seguida dijo Flavia:

—Aquila me debe unas sandalias de color rojo. Me dijo que era ya muy vieja y que no podía correr.

Su padre sonreía.

—No lo creas, claro que puedes. Escuché vuestras voces cuando saltabais como dos chorlitos por esos campos. ¡No dejes de cobrarle la apuesta!

En ese momento el padre acariciaba las orejas de Margarita, tocándolas una y otra vez con la punta de los dedos. Los finos rayos de sol que se filtraban entre las hojas de aquel frondoso árbol producían pequeñas y agitadas chispas de fuego verde sobre aquella esmeralda agrietada de su inmenso anillo que llevaba también grabado un delfín.

Aquila, sentado en el último peldaño, se volvió para mirarle. Era cruel saber que su padre era ciego. No era fácil darse cuenta. Sólo dejaba adivinarlo aquella cicatriz que una flecha sajona le había dejado entre el ojo y la sien. Iba de un lado a otro de la granja con paso rápido y seguro;

siempre sabía dónde estaba y hacia dónde se dirigía. Volvió el rostro hacia su hijo y le preguntó:

—¿Qué tal ves la granja después de un año?

—La veo bien —dijo Aquila. Al momento añadió, con tono quizá demasiado grave—: Parece muy segura, ya que ha estado aquí desde que estos campos existen y debe estar hasta que los campos se mueran.

Entonces dijo su padre también con voz grave y compungida:

—Me pregunto cuánto durará y si lo veremos nosotros.

Aquila se levantó bruscamente y dijo:

—Sí, ya lo sé... Pero lo peor no parece ocurrir nunca. Lo peor le pasó a Tiberio el año pasado.

Se detuvo unos segundos para pensar y en seguida continuó sin que nadie se hubiera atrevido a interrumpirle.

—Sí. Cuando Vortigern hizo venir a esa mesnada de guerra sajona hace cinco, no, seis años y la situó en las antiguas tierras de Icen para echar a los pictos, todos ponían sus miradas en el cielo y decían que era el fin de Britania. Decían que nos habíamos metido en la boca del lobo, pero al fin y al cabo Hengo y su tribu no fueron demasiado malos. Al parecer se asentaron en plan pacífico y echaron a los pictos, pero nos dejaron concentrar la caballería que todavía está a lo largo de la costa sajona para impedir que pasen sus hermanos los piratas. Después de todo, quizá Vortigern no estaba tan loco como parecía.

—¿Piensas así de verdad? —dijo su padre con voz tranquila, mientras sus dedos seguían fisgoneando en las orejas de la perra.

—Es lo que piensa la mayor parte de Rutupiae.

—¿No crees que ha cambiado el temperamento de las Águilas desde los días en que yo era uno de sus miembros?

Hubo un momento de silencio y en seguida Aquila respondió:

—No, supongo que no. De veras. Pero es más cómodo pensar así.

—Roma ha hecho ya demasiado con pensar en lo que es o no es cómodo —dijo el padre.

Pero en aquel momento Aquila no escuchaba. Estaba mirando hacia el valle donde una pequeña silueta comenzaba a distinguirse a lo lejos en el camino que pasaba entre las lomas.

—¡Chis! —dijo en voz baja—. ¡Alguien viene!

—¿Quién es? —preguntó el padre.

—Alguien que no conozco. Un hombre bajo y jorobado. Parece como si llevara un saco muy pesado a sus espaldas.

Le sorprendió que su padre y su hermana se alarmaran de repente, cosa que él no podía entender. Parecía como si estuvieran esperando algo o a alguien.

Pasados unos momentos, su padre preguntó:

—¿Puedes ver lo que lleva?

—Sí, es un cesto. Y lleva algo más: una antorcha sujeta a un palo. Creo que es uno de esos vagabundos que se dedica a coger pájaros.

—Bien. Levántate y hazle una señal para que venga.

Aquila miró perplejo a su padre. Luego se puso en pie y agitó un brazo por encima de la cabeza hasta que la pequeña figura del caminante vio la señal y alzó un brazo como respuesta.

—Ya viene —dijo sentándose de nuevo.

Poco después, un hombre bajito, de piel curtida por el sol, con la cara alargada y estrecha como una rata de agua, doblaba la esquina de los cobertizos y se acercaba a los escalones, comenzando a despojarse de aquel cesto de juncos antes de llegar.

—Saludos a mi señor. ¿Quiere mi señor unas buenas y frescas codornices cogidas esta mañana?

—Subidlas a la cocina —dijo Flavio—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuviste aquí.

—He hecho un largo viaje —había algo en aquella voz que hacía pensar que la respuesta estaba planeada de

antemano—. *Son muchas doscientas millas desde Venta a las montañas.*

Mientras hablaba, miraba recelosamente a Aquila con aquellos oscuros ojos llenos de misterio. Flavio, que parecía haber adivinado aquella mirada de extrañeza, dijo:

—No tengas miedo. Mi hijo es de toda confianza.

Entonces, de la parte superior de su túnica, sacó una tablilla fina de cera.

—Las codornices a la cocina. Mi mayordomo te pagará. Esto, donde siempre.

Aquel hombre cogió la tablilla sin mirarla y la metió en el rasgado bolsillo de su túnica.

—Como mi señor disponga —dijo.

Hizo una inclinación a la que respondieron con un «adiós» y, echándose el cesto a sus espaldas de nuevo, dobló la esquina de la casa y se dirigió hacia la cocina.

Aquila se volvió hacia su padre y le preguntó:

—¿Qué decía la tablilla? —pensó que Flavia lo sabía.

Flavio le dio un último pellizco a la perra en la oreja y la soltó dándole una palmada.

—Es un mensaje para Dynas Ffaraon que está en las montañas de Arfon.

—¿Y qué mensaje es ése? —dijo Aquila.

Hubo un momento de silencio, pero sabía que su padre iba decírselo.

—Volvamos a la antigua historia —dijo por fin Flavio—. Tú ya sabrás mucho de esto, pero escucha lo que te voy a contar. Es mejor que lo sepas todo... Cuando Teodosio vino a arrojar a los pictos, de quienes el viejo Kuno habla cariñosamente con tanta frecuencia, su lugarteniente era Magno Máximo, un hispano. Y cuando Teodosio volvió al sur otra vez, dejó al mando a Máximo. Máximo se casó con una princesa britana que era descendiente y heredera de quienes habían dominado en las montañas al norte de Cimru, antes que nosotros, los romanos, llegáramos a Britania; y, debido en parte a la sangre de su esposa, años más tar-

de las tropas britanas lo proclamaron emperador, repudiando a Graciano. Máximo fue en busca de su destino, llevándose con él la mayor parte de las legiones y la caballería de la provincia, y su destino fue la muerte. Eso ya lo sabes. Pero dejó un hijo en Arfon que se llamaba Constantino.

La historia le estaba interesando a Aquila:

—Constantino, el que nos salvó cuando las últimas legiones ya se habían retirado.

—Así fue. Cuando Roma ya no podía hacer más por nosotros, porque estaba ardiendo y casi en ruinas, aunque después se ha ido recuperando, recurrimos a Constantino de Arfon. Bajó de las montañas con toda su gente y nos llevó a la victoria. Vencimos y además hizo una limpieza de lobos del mar y piratas como no se había hecho en veinte años. En los treinta años que Constantino tuvo en sus manos el gobierno de Venta, las cosas fueron bien en Britania y rechazó a los sajones una y otra vez de nuestras playas. Pero asesinaron a Constantino en el salón de su palacio. Fue una conspiración picta, aunque muchos pensamos que el culpable de su muerte había sido Vortigern, que vino del oeste como simple capitán del clan de los ordovices para estar bajo su mando se casó con su hermana Severa. A lo mejor pensó que si antes el linaje de una mujer había llevado a su marido a la dignidad real, el hecho podía repetirse. Tal vez no quería la corona, pero seguro que deseaba cualquier otra clase de poder. Siempre ha sido el jefe del partido más violento; ve a Roma como la veían las tribus hace cuatrocientos años; no ha aprendido nada nuevo desde entonces. Está obcecado por sus sueños y ve el peligro de las hordas sajonas como un mal menor comparado con el peligro de Roma. Así que Constantino murió y Vortigern se las ingenió para conseguir el poder sobre esas tierras, aunque nunca el poder absoluto. Todavía quedaban Uta y Ambrosio, dos hijos que tuvo Constantino cuando ya era bastante mayor.

—Sí —dijo Aquila—. Lo recuerdo. Me llamó la atención porque no eran mucho mayores que yo, y yo debía tener ocho o nueve años cuando pasó todo aquello y ellos desaparecieron.

—Unos parientes de su padre se los llevaron a Arfon otra vez, a la seguridad de las montañas; y así, durante diez años, Vortigern dominó virtualmente la provincia, si eso puede llamarse dominar, pues tenía que valerse de un ejército sajón para echar a los pictos y a su vez la odiada caballería de Roma tenía que venir a echar a los sajones... Uta murió un año después, pero Ambrosio se habrá hecho ya un hombre.

Aquila le miró comprendiendo la importancia que tenía aquello: aquél salvaje príncipe címrico se había hecho adulto entre las montañas, había llegado a la edad de llevar escudo y, por derecho, era jefe de los que mantenían las normas romanas.

—Sigue —dijo a su padre.

—Teniendo eso en cuenta y sabiendo que el general Aetio, que fue cónsul hace dos años, estaba haciendo una campaña en la Galia, le enviamos un mensaje recordándole que estábamos todavía sujetos al Imperio y le pedíamos que nos mandara la ayuda y los refuerzos que necesitábamos para liberar la provincia del dominio de Vortigern y de las hordas sajonas, y en fin, devolverla al Imperio romano. Eso fue el otoño pasado.

—¿Y cuál fue la respuesta?

—Ninguna, todavía no ha llegado la respuesta —dijo Flavio.

—Entonces, ¿cuál es el mensaje que acabas de enviar?

—Es solamente un pequeño pasaje de Jenofonte que habíamos convenido. Me lo copió Flavia. Hacia mediados de cada mes el mensaje sale por medio de nuestro amigo el cazador de pájaros o de alguna otra persona para asegurarnos de que la ruta indicada aún sigue abierta.

—*Son muchas doscientas millas desde Venta a las montañas* —exclamó Aquila—. Y ésta es la persona adecuada para dárselo.

Su padre asintió con la cabeza.

—Me preguntaba si podrías descubrir la contraseña.

—Pero has dicho que fue en otoño pasado cuando se lo enviaste a Aetio. Estamos en pleno verano. Seguro que la respuesta debería haber llegado hace tiempo.

—Si llega, tendrá que ser en seguida —dijo su padre con voz ya un poco cansada—. Si no llega muy pronto, después será demasiado tarde. Cada día aumenta el peligro y Vortigern, el Zorro Rojo, se puede figurar lo que está pasando.

La luz del sol iba desapareciendo mientras seguían allí sentados en silencio después de las últimas palabras; la noche se acercaba lentamente, cubriendo todo el valle como una marea tranquila y el cielo brillaba con una pureza y transparencia azulada de vidrio sobre aquellos campos que se ondulaban. El perfume de las madreselvas de la corona de Flavia era más intenso a medida que la luz se perdía; un murciélago revoloteaba sin cesar por la terraza, rompiendo el silencio nocturno con su agudo y estrepitoso chillido. La vieja Guina venía por el atrio, que quedaba a la espalda de ellos, a encender las velas, arrastrando mucho los pies como de costumbre.

Todo era como había sido siempre a la hora del crepúsculo; pero Aquila sabía que, detrás de toda aquella tranquilidad, la casa que él amaba formaba parte de la contienda britana y la amenazaban otros peligros además de los ataques por sorpresa de piratas sajones.

De repente sintió que aquellos eran unos momentos maravillosos que no volvería a pasar. «Aunque me siente aquí diez mil tardes seguidas, ésta en concreto no volverá». Después hizo un gesto inconsciente como queriendo retener algo con las manos y mantenerlo entre ellas sin dejarlo escapar.